rados por todos, que vieron los esfuerzos que en pro de sus semejantes llevaron á cabo.

Rdo. P. D. Antonio Alonso y Prieto, natural de Filiel, diócesis de León, de edad 55 años y 18 de religión, falleció en Alfaro, diócesis de Tarazona, á últimos de Agosto de 1885.
Rdo. P. D. Pedro Urrea y Alegría, natural de Murieta, diócesis de Pamplona, provincia de Navarra de edad 38 años y 4 de religión, falleció en Berriosuso (Navarra) el día 19 de Setiembre de 1885.

El Padre Urrea. —Escriben de Pamplona al Rdo. P. Subdirector general de los Misioneros del Corazón de María, con fecha 27 de Setiembre, lo siguiente:

«Muy amado Padre: Voy á comunicar á V. R. algunas noticias sobre los solemnes funerales que se han hecho en ésta en sufragio del alma del Padre Urrea, que, como ya sabe, falleció el 19 del corriente, víctima de su caridad en asistir á los coléricos de Berriosuso. (Q. E. P. D.)

»El M. I. Sr. Vicario general, gobernador eclesiástico, quiso se hiciesen esquelas de defunción é invitación á los mismos, figurando él á la cabeza de los interesados; pues, en verdad, ha sentido muchísimo la muerte de ese Padre; y se ofreció también á costear todos los gastos que ocurriesen en los funerales. Accediendo, pues, á sus deseos, se hizo así, invitando á todo el Clero secular y regular, señor gobernador civil, ayuntamiento y otras muchas personas de distinción; y de tal manera correspondieron todos á la invitación, que todo lo más visible de Pamplona, incluso los señores gobernadores civil y eclesiástico, canónigos, etc., etc., estuvieron en nuestra modesta capilla ó iglesia, asociándose así al justo dolor de la Comunidad.

»Ha causado tanta impresión en la ciudad, y en general en Navarra, el fallecimiento del Padre Urrea, por las circunstancias en que ha sucedido, que él por sí solo hubiera bastado para conquistarnos el aprecio de todos, si por otra parte no lo tuviéramos ya ganado, como así sucede, gracias al Señor y á nuestra Santísima Madre.

»Como prueba de ello, remito á V. R. adjunta una carta, inserta en el número de ayer del periódico titulado *El Eco de Navarra*, y que sin duda debe estar escrita por el cura párroco de Lerín, uno de los pueblos en que estuvo asistiendo á los coléricos el difunto Padre de que hablamos.

»Sin otra cosa por hoy, con los saludos de todos, reciba el de su af.° S. S. Q. B. S. M., *Baldomero Aldaz, C. M. F.*»

«Un recuerdo de gratitud.—¿Por qué, muerte cruel, arrebataste en tan temprana »edad la preciosa vida de mi queridísimo amigo? ¿Por qué has llenado de luto á la ilus»tre Congregación del Inmaculado Corazón de María, robándole uno de sus más virtuo»sos miembros? ¿Por qué no has respetado la bondad de su carácter, su ardiente cari»dad, su infatigable celo, su fervorosa vida, su humildad profunda y su hermosa alma? »¿Que has conseguido con tu acción homicida? Nos has privado de su presencia y de su »ejemplo edificante. Le has borrado del número de los mortales, para inscribirlo entre »los comprehensores; le has alejado de los trabajos á que voluntariamente se había »consagrado, para introducirle en la mansión de la paz y del descanso; le has desterrado »de la tierra para empadronarle en el cielo.

»Sí; en el cielo está tu alma, amigo mío. Me lo dice el corazón, que de veras te amaba, »porque no podía menos de amarte. Permite, sin embargo, que mis ojos derramen una »lágrima sobre tu humilde tumba, que exhala aroma de virtud, mientras mis labios »pronuncian aquellas palabras del coronado Profeta: «Preciosa es en la presencia del »Señor la muerte de sus santos.» La lápida de tu sepulcro debe tener este epitafio: «Mu»rió víctima del amor á sus hermanos.» La mejor prueba del amor es dar la vida por los »amigos: Jesucristo lo ha dicho. Tú la has dado generosamente por los desconocidos. »Los méritos, contraídos en Lerín y Andosilla cerca de los coléricos, han dado su fruto »y encontrado su premio en Berriosuso, desde donde tu alma, purgada de sus imperfec-

»ciones por el sacrificio de tu vida, voló á la gloria. Verdadero mártir del amor á tus se»mejantes, yo te contemplo en el cielo disfrutando de las dulzuras que Dios reserva á »los elegidos. Bien lo has merecido con tu relevante conducta.

»Presenten los modernos filántropos ejemplos de esa naturaleza; ostenten los filóso»fos y políticos del día caracteres de esta índole; enumeren esos titulados amantes del »pueblo tipos de este género. Yo les reto á que lo hagan; y cuando los presenten, los »alabaremos. Pero no; la moderna civilización, atea, materialista y grosera, nos presen»tará los héroes de su falsa caridad (filantropía la llaman) y de humanitarios sentimien»tos en los salones de baile, en las butacas de los teatros, en los palcos de las plazas de »toros, en los circos, en los hipódromos y en los lugares destinados al divertimiento y á »la expansión, no siempre santa y laudable.

»No busquéis, no, á esos hombres del humanitarismo en la morada del pobre, junto »al lecho del moribundo, en la alcoba del colérico, y en la insana atmósfera de un hos»pital ó de una cárcel; porque su exquisita y refinada sensibilidad no puede soportar »tales pruebas. Esto sólo es propio de la ignorancia y del fanatismo, del Clero secular y »regular, de las Hermanas de la Caridad; en una palabra, de la Iglesia católica, á la que »esos hombres sensuales persiguen sin tregua ni descanso, como si fuera la mayor de »las calamidades. ¿Hasta cuándo ha de durar tanta farsa y mentira tanta como hoy se »vende, bajo el especioso título de perfección y de progreso? ¿Cuándo se llegará á com»prender que la Iglesia católica, y sólo ella, es la verdadera Madre de los pueblos, ó sea »de las clases desheredadas, como ahora se dice? ¿Dónde han estado, durante la esta»ción colérica, esos sempiternos habladores de Parlamento, que *ad laudes et per horas*, »tienen en sus labios el pueblo, sus derechos, su libertad, su soberanía y demás zaran»dajas de este jaez? ¿Los divisáis, acaso, para que me digáis dónde están? Yo no los veo »por más que miro. Desaparecieron á los primeros síntomas del mal, más ó menos lejos, »según el valor de sus bolsillos; pero todos se acogieron al lugar seguro. Después que »todo termine, volverán ufanos á sus hogares, ocuparán las veladas del invierno con la »narración de sus episodios alegres de viaje por el extranjero, y lanzarán á la publici»dad en las Cortes ó en la prensa utópicas lucubraciones, que á nada conducen y para »nada sirven, si no es para fomentar su soberbia, engrosar el número de sus aduladores »y redondear su posición. ¡Y estos se apellidan regeneradores de los pueblos!...

»La vida de amor verdadero y de verdadero sacrificio sólo se alberga en los corazones »cristianos. El hombre descreído, indiferente, despreocupado y libre pensador, no en»tiende nada de esto. Es demasiado manjar para su débil estómago. Su objetivo es la »utilidad, su móvil el egoísmo, su sueño dorado gozar y más gozar. ¡Miserables! ¡Qué »pequeños sois, en medio de vuestra aparente grandeza, al lado de mi humilde y oscuro »amigo! Quizás os reísteis al verle pasar junto á vosotros, cuando marchaba á cumplir »la misión en la que ha encontrado su gloriosa muerte! Tal vez le mirariais con aire »desdeñoso y despreciativo, al verle caminar apresurado, impulsado por la obediencia »y agitado por la caridad. Sin embargo, aquel humilde sacerdote, que pasó junto á vos»otros pocos días ha, era entonces un justo y hoy es un santo; era un hombre de hermo»so y noble corazón, y hoy es un mártir del amor; era un pobre religioso y hoy es un »rico bienaventurado. Ya que no le imitéis, respetad al menos su memoria; ya que no le »sigáis, admiradle. Escrito está su nombre en el libro de la vida; su memoria será eter»na; sus manos empuñan la palma de la victoria; sus sienes están ceñidas con la coro»na de la inmortalidad. Es el premio que Dios regala, generoso, á los que pasaron por »el mundo, á semejanza de su Hijo, haciendo bien, como lo hizo hasta sus últimos mo»mentos el sencillo, humilde, fervoroso y caritativo P. Urrea.—*F. Y.*

HERMANOS DE SAN JUAN DE DIOS.

Examinado el cúmulo de noticias que nos han llegado de los hechos heroicos realizados en casi toda España por los humildes Hijos de San Juan de Dios, no

acertamos á establecer un orden para darlos á conocer. Intentaremos sin embargo realizarlo escogiendo el método que nos parece más conducente, y protestando de antemano que sólo será posible el publicar una mínima parte. Parece que el Señor se ha propuesto en esta epidemia evidenciar á los pueblos, no sólo la utilidad, sino hasta la necesidad de las Órdenes religiosas tanto para el bien espiritual de los ciudadanos como para su bien material. ¡Ojalá no echen en olvido los pueblos esta severa lección de la Providencia!

Sabido es que los Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios tienen establecida hoy su casa matriz en Ciempozuelos y que la dirección de las casas que con esfuerzos inauditos y por caminos verdaderamente providenciales se han creado está confiada al Rdo. P. Benito Menni, cuya humildad ofenderíamos si nos permitiésemos decir lo que en justicia merece consignarse. Mas Dios ve y juzga sus obras y en la protección que les dispensa se revela cuan agradables son á sus ojos, y gran número de pueblos y multitud inmensa de particulares saben sus heroicos sacrificios, conocen el ardiente celo de caridad que les devora, y el asombroso éxito de sus obras manifiesta lo certero de su dirección y la bondad de sus intentos y propósitos. Perdónenos el buen Padre, si acaso lee estas líneas, el agravio que hacemos á su humildad, y pasemos á hacer la narración histórica que comprenderá este capítulo.

El cólera se presentó aterrador en Ciempozuelos el 12 de Junio en el Establecimiento que dirigen las Hermanas de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón y á poco fué extendiéndose por todo el pueblo, invadiendo de un modo formidable el Manicomio que dirigen los Hermanos de San Juan de Dios. Desde el momento se inicia la lucha con el terrible azote que sólo debía cesar al terminarse la epidemia, y en este combate primero, aparecen los Hermanos á la vista de todo el pueblo como los ángeles de la caridad, cumpliendo su misión en la Casa, en el hospital y en las casas particulares, bajo la dirección de los facultativos y con tan buen éxito, que pronto la enfermedad se dió por vencida, desapareciendo totalmente de la población.

Reune entonces el Padre Provincial toda la Comunidad y les manifiesta cuanto importa el salir á diferentes puntos para asistir á los coléricos en cumplimiento de su sagrada misión, y todos á una voz se ofrecen con el mayor entusiasmo con ansia de morir por amor del prójimo, y al despedir á los que se consideraban privilegiados por haberles tocado tal suerte, se sintió el superior tan impresionado por aquel acto, pues les enviaba á tan evidente peligro de muerte, que queriendo probarles como en piedra de toque, les dijo: «Hijos míos, bien sabéis á que os mando, os mando á morir, ¿os sentís con ánimo? ¿estáis bien resueltos á morir por asistir á los atacados del cólera? á lo que todos contestaron con ánimo resuelto que sí, con la gracia de Dios; pero entre ellos el hermano Lucas, el más joven de todos, con una alegría angelical contestó: *¡Ojalá, reverendo Padre, tuviera tal suerte!* Expresión que no pudo menos de enternecer al padre Superior, quien abrazándole y bendiciéndole despidióse de él, puesto que en efecto bien pronto voló á la eternidad mártir del amor al prójimo.

En verdad parece increible el ver que mientras tantas personas huyen despavoridas al simple anuncio de la aproximación del cólera, tanto estos buenos Religiosos, como débiles mujeres de todos los Institutos, lejos de desfallecer al ver-

se ante los moribundos ó al caer atacados otros, se encienden más y más en el deseo de ocupar su puesto para ver si tendrán la misma suerte.

¡Oh feliz Religión, que tales sentimientos tú sola puedes inspirar!

Leemos en varios periódicos:

Los Hermanos de San Juan de Dios de Ciempozuelos.—En estos calamitosos tiempos en que la nación española se encuentra afligida por la desolación y espanto que el cólera morbo asiático causa en las familias, arrebatando la vida de tantos seres queridos, un italiano ilustre, el padre Benito Menni, superior de los Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios en España, establecidos en el vecino pueblo de Ciempozuelos, con una abnegación superior á todo encomio dispuso tan luégo como la epidemia hizo presa en Aranjuez, que varios Hermanos se trasladasen á dicha población y prestasen todo género de auxilios á los coléricos.

Como el número de Hermanos es reducido, no ha podido el padre Menni enviarlos á todos los principales puntos atacados por la enfermedad, pero ha procurado distribuirlos entre Chinchón, Granada, Teruel y varios pueblos de esta provincia, como Alcañiz, Calanda, Foz, Codoñera, etc.; siendo tan apreciados los servicios que prestan estos ángeles de la caridad dando fricciones á los enfermos, limpiando sus deyecciones, cuidando de administrarles los medicamentos en la forma prescrita, operando muchas veces como expertos practicantes, haciendo las inyecciones hipodérmicas que los médicos disponen y amortajando por último á los muertos, en los puntos donde no hay quien lo haga; que la fama de la caridad que dispensan estos buenos Hermanos es tal, que el Superior, en vista de que los pueblos epidemiados solicitan personal, ha mandado todo el que le ha sido posible. Pero como los establecimientos de dementes á cuyo cuidado se hallan dichos Hermanos no pueden quedar abandonados, el padre Menni ha atendido á los pueblos más comprometidos sintiendo no poder multiplicarse para consolar á tantos seres víctimas de la epidemia.

Al ver el ejemplo que nos dan estos bienaventurados Hermanos, quienes sin retribución alguna y sin otra recompensa que la de hacer bien á sus semejantes sacando fuerzas de flaqueza, no saben los pueblos, ni sabemos nosotros como hacer público el testimonio de nuestra admiración y eterno agradecimiento hacia tan humanitarios y caritativos Hermanos.—(De *La Patria*, del 3 de Setiembre.)

Nuestro corresponsal en Chinchón nos envia, en la siguiente carta, la historia de la invasión colérica en aquella localidad:

«*Chinchón*, 27.

»El dia 17 del corriente se vió sorprendida esta población con la noticia de que habian sido invadidas durante el mismo nueve personas por una enfermedad que los médicos titulares D. Santiago Gutiez y D. Jesús Alonso, no dudaron en calificar de cólera morbo-asiático, las que fueron seguidas de cinco defunciones, cuyo hecho se puso en el mismo dia en conocimiento del señor Gobernador civil de la provincia.

»En el momento en que esto se hizo público, se produjo gran alarma en la población, negándose los enfermos á tomar los medicamentos que se les formulaban. Los dos médicos titulares trabajaron sin descanso noche y dia, hasta que el 19 cayeron enfermos los dos, fatigados por el cansancio de tres dias consecutivos de trabajo constante, y el primero con todos los síntomas coleriformes.

»Al tener noticia el señor Superior de los Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios y las Hermanas del Sagrado Corazón, establecidos en Ciempozuelos, que esta población habia sido invadida por la epidemia colérica, se dirigió al señor Alcalde, ofreciendo vendrian los Hermanos y Hermanas que fueran necesarios para asistir á los enfermos colé-

ricos; y habiendo aceptado con gratitud tal ofrecimiento, el día 21 se presentaron en esta población tres Hermanos y cuatro Hermanas, los que con una abnegación sin límites y una caridad verdaderamente cristiana acuden á la cabecera de los enfermos que los reclaman, prestándoles con espontaneidad, cariño y diligencias los cuidados que necesitan, ya dándoles fricciones, limpiándolos y cuidando de administrarles las medicinas en la forma prescrita, ya operando como hábiles practicantes, haciendo las inyecciones hipodérmicas que los señores médicos prescriben, y, por último, amortajando á los muertos donde no hay quien pueda hacerlo, conducta que ha provocado una reacción completa en los ánimos abatidos de estos vecinos, los que al ver el ejemplo que nos dan estos ángeles de la caridad, sin retribución alguna y sin más recompensa que la satisfacción que produce el servir á Dios y á su prójimo, hacen fuerzas de flaqueza y no abandonan á sus mismos deudos, como sucedía en un principio; así es que este vecindario no sabe cómo hacer público el testimonio de su admiración y de su eterno agradecimiento á dichos Hermanos y Hermanas.» – (De *La Correspondencia de España*, del 28 de Julio.)

Por si algún otro auxilio hubiéramos podido necesitar, aun hubimos de recibir un no menos inesperado y valioso presente. Seres de esos que renuncian tempranamente á la vida, en los que no existen otros goces ni placeres que el sentimiento del bien ajeno, y cuyas almas se nos aparecen tanto más grandes y hermosas cuanto mayor es el peligro ó más universal y horrible la desgracia; seres, en fin, para quienes el banquete de la vida no tiene sino sinsabores y quebrantos infinitos, abrumadoras y fatigosas vigilias, angustiosos lamentos, luctuosas é inenarrables escenas...; en una palabra, tres hermanas y dos hermanos Sanjuanistas de Ciempozuelos acudieron á nosotros demandando un puesto á la cabecera de los coléricos ó encargarse de la asistencia y cuidados del Hospital.

Cómo han cumplido con su misión, que contesten por nosotros los favorecidos por sus atenciones y desvelos, como pudiera hacerlo el ángel á quien Dios hubiera confiado una orden; como han dado muestras inequívocas de ejercerlo por todas partes esas nuevas Vestales en las que arde inextinguible y magnífico el fuego sagrado de la caridad, de la abnegación y del heroísmo.

Así, pues, mientras se dejan oir más elocuentes y autorizadas voces, sirvan estas pobres ideas de protesta de gratitud, de respeto y admiración para cuantos han contribuído á tan noble y humanitario objeto, y á quienes, así como á mis conciudadanos, saludo con el nombre de bienhechores.

Carabanchel Bajo 24 Setiembre de 1885.—*Victoriano Garrido*. — (Del *Imparcial* del 4 de Octubre.)

Enterados los Hermanos de San Juan de Dios por virtud de noticia publicada en los periódicos de Málaga, de que se necesitaban á consecuencia de la epidemia dos individuos que quisieran ir con la remuneración de 20 reales diarios á Torrox, en concepto de sepultureros, pasaron á ver al Gobernador de la provincia ofreciéndose á prestar gratuitamente aquella obra. La autoridad no pudo utilizar tan humanitarios servicios, pues ya había enviado el personal reclamado, pero hizo justicia á los nobles sentimientos de los Hermanos, quienes se han brindado como todos sus compañeros y el padre provincial señor Menni, á llevar donde sea preciso para hospitales y en concepto de practicantes, aquellos congregados que por sus conocimientos y práctica en la asistencia de coléricos puedan cumplir mejor su encargo.

No hay duda que merecen un sincero aplauso tales pruebas de abnegación.— Del *Ferro-Carril* del 22 de Agosto.)

Anteayer salieron de esta ciudad con dirección á Yunquera, dos Hermanos de San Juan de Dios, para encargarse de prestar el oportuno servicio ante la epidemia colérica de que es víctima aquella localidad

Celebraremos vivamente que salgan incólumes de tan grave campaña, que aceptan desafiando el peligro sólo por un sentimiento de admirable caridad acreedora al más entusiasta aplauso.—(Del *Avisador Malagueño.)*

Hemos tenido el gusto de saludar á varios religiosos, Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, que en diferentes días han llegado á esta ciudad, procedentes de Calanda y Alcañiz donde han estado auxiliando á los enfermos coléricos de aquellas poblaciones.

Algunos de ellos en el momento de llegar y sin descansar de tan largo viaje, empezaron en esta capital á asistir coléricos. Han salido á diferentes pueblos de la provincia donde la epidemia hace estragos á cumplir su sublime misión. Proceden de Ciempozuelos (Madrid) donde tienen su convento, y el Superior los manda donde los solicitan ó donde, sin pedirlos, cree que hacen falta. Todos son muy jóvenes.

Creemos que aun hay dos en esta ciudad, ejerciendo su caritativa misión.

¡¡Seáis bienvenidos misiqneros de la Caridad!!—(Del *Ferro-Carril.)*

En uno de los pueblos de la provincia de Teruel ha fallecido de la epidemia el hermano Lucas Vázquez, religioso de San Juan de Dios, ocupándose en la asistencia de los coléricos, y el cual, con otros siete de la misma Orden, había sido enviado desde Ciempozuelos por el Padre Provincial, a invitación del Gobernador de aquella provincia.

El hermano Lucas era joven de 19 años; había volado, puede decirse así, á la vida religiosa y á ofrecer el sacrificio de caridad en la asistencia á los pobres y enfermos en la Orden de San Juan de Dios, cuando aun sólo contaba 16 años, viviendo con todo el candor y la inocencia de un alma pura que ofrece al Señor las primicias de su vida.

En los tres años que ha estado en la Casa noviciado, el joven hermano Lucas ha sido modelo de virtudes, admirado de sus mismos compañeros por su ejemplar modestia, prudencia, piedad y por su caridad en el trato con los enfermos.

Sin duda por esta razón, y cuando los Hermanos hospitalarios suplicaban todos al Padre Provincial que les concediera la bendición de la obediencia para asistir á los coléricos, mereció esta gracia, que tal es en la vida religiosa el ser destinado al lugar de mayor sacrificio, señalándole el Padre Superior para partir de Ciempozuelos el día 12 del pasado mes, á los pueblos de la provincia de Teruel, donde eran más solicitados y pedidos.

En los cortos momentos que hubo para disponer la partida, fué tanta la alegría de nuestro joven hermano Lucas, que no pudiendo menos de manifestarla, el Superior hubo de decirle:

—Mire hermano, que acaso puede morir.

—¿Y que importa? dijo aún con más alegria y postrado pidiendo la bendición; si morimos cumpliremos nuestra vida hospitalaria, y más pronto iremos al cielo, y para alcanzarlo, no es poco el ir gustoso donde me mande la santa obediencia.

Por el presentimiento de que podria morir, fué generalmente sensible para todos la separación del joven religioso, el cual por su edad y por sus virtudes se podía llamar el Luis Gonzaga de los Hermanos hospitalarios, y muerto como aquél, víctima del amor á Dios y de sus hermanos, en la asistencia á los enfermos epidemiados.—(Del *Intransigente.)*

Anoche llegó á esta capital el P. Provincial de los Hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, que entre otros asuntos tratará con el Prelado de esta diócesis de establecer una casa de su Instituto.